

# SEVERO

EN LA FIESTA DE LA TSANTSA

*Severo en la fiesta de la Tsantsa*  
© Óscar Ledesma Zamora

Fernando Cerón Córdova  
**PRESIDENTE DE LA SEDE NACIONAL**

David Larriva Regalado  
**DIRECTOR DE PUBLICACIONES Y EDITORIAL**

**EDICIÓN:**  
Celia María Salgado C.

**CORRECCIÓN DE ESTILO:**  
Cristina Morales Ruiz

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:**  
Fernando Murgueitio  
Natalia Monard

**DISEÑO DE PORTADA:**  
Fernando Murgueitio

**ILUSTRACIÓN DE PORTADA:**  
Israel Vincés

Primera edición  
ISBN: 978-9942-34-101-3

**IMPRESIÓN:** Fondo Editorial CCE



Casa de la Cultura Ecuatoriana 'Benjamín Carrión'  
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria  
[www.casadelacultura.gob.ec](http://www.casadelacultura.gob.ec)

Quito-Ecuador

**SEVERO**  
EN LA FIESTA DE LA TSANTS'A

Óscar Ledesma Zamora

**SEVERO EN LA FIESTA  
DE LA TSANTSA**

**Óscar Ledesma Zamora**

*A mi familia, lectores,  
amigos indígenas  
y no indígenas de la exótica  
y maravillosa selva  
de la cuenca amazónica.*

## PRÓLOGO

La novela de Óscar Ledesma Zamora es mucho más que un trabajo literario. Es un recorrido por la vida íntima y desconocida de los pueblos amazónicos, a mediados del siglo xx. A través de ella se evidencia que la población de esos entornos de exuberante vegetación, de ricas minas y yacimientos petroleros, irónicamente padece pobreza, hambre y deficiencia pedagógica, hasta la actualidad.

Es una crónica sensible y llena de sabiduría ancestral, que nos sumerge en un mundo totalmente real. Aunque bien podría parecer una ficción por lejana a nuestro contexto citadino, en el cual quizás se desvaloricen sus resistencias culturales.

Dentro de estas contrapuestas formas de vida, surge un personaje extraordinario: Severo, nacido en San Jacinto del Pintuk, una comunidad de apenas 60 habitantes, de los cuales 19 pertenecen a la misma familia. De entre 11 hermanos, Severo sobresale por su brillante inteligencia y aplomo al expresar sus ideas. El sentimiento de justicia es su característica principal.

Óscar Ledesma Zamora deja traslucir en su obra el peso de la escasez, de la necesidad permanente en la familia del personaje, lo que horada y lastima su identidad, a tal punto que, una vez alcanzados ciertos triunfos en su vida, como la culminación de la escuela, la consecución de un trabajo en la ciudad, la continuidad y cúspide de sus estudios secundarios y posterior formación universitaria, sólo siente vergüenza y desaliento por sus orígenes indígenas. Él niega y rechaza todo aquello que le recuerde esa situación de desamparo y carencia.

Debido a su gran capacidad intelectual y al desempeño responsable en su trabajo, Severo va abriendo puertas hacia la admiración y confianza de quienes tienen trato con él; inclusive, llega a ser requerido en varias ocasiones para la dirigencia política en la ciudad

donde reside. Ya muy lejos queda para Severo el entorno sencillo y doméstico de su colectividad.

Su surgimiento y aceptación como líder político son inaplazables. Llega a las altas esferas de autoridad y es allí cuando da inicio a un largo camino de errores y tropiezos, producto de inseguridades y complejos relacionados con su condición étnica, por un lado; y, por otro, la ventaja de conseguirlo todo con la facilidad que otorga el poder. Una cosa lleva a la otra y su esencia sufre un cambio rotundo, un desequilibrio destructor, que termina por minar su voluntad y dejarlo a merced de dependencias y perversiones difíciles de enderezar, por el simple hecho de que a Severo no le interesa superarlas. De esa manera, se convierte en un ente corrupto, sin sentido de identidad ni pertenencia.

La parte decisiva de la novela es la resurrección física, síquica y espiritual de Severo. Pues, a partir de ese sorprendente hecho, la conciencia de Severo da un giro de 180 grados y comienza a transformar de manera ejemplar su comportamiento frente a su familia, su comunidad, a la que regresa humilde y arrepentido, y ante sí mismo.

El autor hace un despliegue de gran talento con esta narración llena de fuerza y esperanza, pues alienta al lector a confiar en la naturaleza humana y en un futuro mejor para su especie. Con la reivindicación de Severo y la feliz coincidencia de afectos y de ideas con la lideresa de la comunidad chirapa, Etsanua, se logra concertar y alertar desde el país y fuera de éste a las grandes potencias, sobre la necesidad del cuidado inmediato de lo que representa la esperanza de vida saludable en la humanidad: la selva amazónica.

Alrededor de ese propósito, la pareja lucha sin desmayar, trabaja y hace escuchar su voz que encarna a todo un pueblo, a toda una raza, puesto que su proyecto está orientado a planificar la construcción de ciudades ecológicas que estarían habitadas por pobladores educados previamente en el respeto y la consideración por todo ente vivo del planeta. Para ello, de manera ejemplar, ambos despliegan una labor inteligente y sostenida, en beneficio del desarrollo de las comunidades que aún se comportan como nativos salvajes. Juntos son energía imparables y necesaria.

Óscar Ledesma nos introduce, como a un espacio propio, a esa realidad. Su vasto conocimiento sobre la historia ancestral de los pueblos amazónicos le permite embelesarnos con su narración vívida y fascinante. El broche de oro de su obra está rodeado de la magia y

los misterios propios de esas geografías, en las cuales sus habitantes veneran y hacen uso adecuado de plantas medicinales y curativas, a través de shamanes sabios que heredan el talento de sus antepasados y lo traspasan a nuevas generaciones, que sean dignas de compartirlo con quienes lo necesiten. Tal es el caso de Severo.

El autor cierra su libro con una sorprendente e inesperada revelación. Y nos deja un alivio enorme en el corazón. Una sensación de que no todo está perdido. De que la vida humana sigue teniendo importancia, vigencia, poesía.

Muchas gracias, Óscar Ledesma Zamora, por este inconmensurable aporte y esperanza a la vida.

**Verónica Falconí Gallo**  
Escritora

## CAPÍTULO I

Era en abril de mil novecientos cincuenta, cuando un ambiente sombrío, triste, desconcertante, acompañado de una leve llovizna que mojaba a los transeúntes imperaba en el hospital principal de la joven ciudad de Puyoloma. El médico Manuel Cervantes comunicaba, en ese momento, la muerte por un paro cardiorrespiratorio de un personaje trascendente en la vida social y política de esa ciudad. Se trataba de Severo, mejor conocido como: ‘El Natural de la Selva’.

Sus amigos y seguidores más cercanos lloraban sin consuelo. Severo, ‘El Natural de la Selva’, a medianoche había entrado en estado cataléptico por las graves afectaciones en su cerebro y corazón, a consecuencia de una grave intoxicación. Los médicos del hospital local hicieron todo lo posible por devolverle artificialmente sus facultades sin conseguir mejoría. Simplemente dijeron: «Tal vez en un centro con mayor tecnología podrían haberle ayudado más; para nosotros, él ha muerto».

Severo era un hombre muy conocido, había desempeñado varios cargos públicos y privados, por lo que los vecinos y ciudadanos acudían en gran número hacia las instalaciones de la casa de salud ante la noticia de que Severo había fallecido y trataban insistentemente de cerciorarse de lo acontecido, con lujo de detalles.

Aislado en una habitación del hospital, el cuerpo de Severo permanecía inmóvil, conectado a una rudimentaria máquina que monitoreaba su escaso ritmo cardíaco y alguna respiración oculta; otra sonda transportaba con dificultad suero y medicina intravenosa; su color pálido, la falta de signos vitales, su mirada vidriosa perdida en el vacío y otros indicadores confirmaban el diagnóstico médico y lo crítico

del momento. Una lágrima gruesa desprendida de su ojo izquierdo permanecía suspendida aún, a la espera de ser devorada por el tiempo.

Los comentarios, que eran varios y en distintas direcciones, ratificaban que Severo sobrevivía como un vegetal, y que cuando desconectarán la máquina su muerte total sería cuestión de minutos. Ante este deprimente cuadro, no faltó quienes en voz baja susurraban en los pasillos que solo un milagro podría salvarlo.

Entre los presentes, un grupo de personas no muy afectas a Severo animadamente relataba algunos sucesos anteriores acaecidos y comentados en casos similares; ellas decían, entre otras cosas, que más de una persona habría resucitado después del velatorio, por tanto, alegaban: «No deberían enterrarlo hasta después de transcurridos tres días de su defunción».

Mientras tanto, en el cerebro de Severo, por la falta de oxigenación y circulación sanguínea, se libraba una batalla muy particular entre las decenas de millones de neuronas. Una parte de éstas estaba dispuesta a morir lentamente, sobre todo las del lóbulo frontal donde radican los actos conscientes; y, en otra parte, las que se resistían a morir y luchaban por seguir viviendo. En eso, una serie en seguidilla de enlaces sinápticos provocó un fenómeno eléctrico simultáneo, activando otras zonas del cerebro, el hipocampo temporal donde se almacenan los recuerdos, consiguiendo que las neuronas formaran circuitos dentro del sistema nervioso central y emitieran mensajes imperceptibles al cerebro. En ese estado, como película fugaz, repentinamente y sin coincidir con lo que sucedía en el exterior, todo se conectó en la mente de Severo, activando su memoria, presentándose y dando lugar al apareamiento sistemático de hechos sucedidos en la vida real desde sus inicios, mismos que permanecían almacenados, bien guardados en su memoria.

## CAPÍTULO II

Severo era un ciudadano nativo de la comuna selvática de San Jacintu del Pintuk, localizada en la amplia llanura amazónica de América del Sur, muy distante de la ciudad grande de Puyoloma. Al momento de su muerte tenía cuarenta años. Dedicó la mayor parte de su vida a liderar acciones sociales de impacto a favor de la gente. Su padre, Jonás Grigua, de origen kichwa, y su madre, Balbina Aradagón, mezcla de afro con indígena, habían influenciado significativamente en la formación de la personalidad de Severo, ya que desde temprano se dieron cuenta de que él era diferente a sus otros hijos.

¡La infancia de Severo se desarrolló entre jornadas comunitarias de caza, pesca, juegos tradicionales, actividades en la chacra, labores educativas y prácticas ancestrales. Añoraba la libertad que se sentía en el entorno; lo agradable de la naturaleza y el frescor de la selva lo cautivaban. Los exquisitos paisajes lo maravillaban cada vez más, a pesar de las incomodidades y condiciones de poca solvencia económica en la que se desenvolvía. Desde niño alimentó el sueño de trascender y dejar huella con su vida.

Al ser intermedio entre los hermanos, Severo se encontraba en una posición incómoda, presionado por los mayores, quienes lo obligaban a cumplir tareas a veces pesadas para su edad; y, molestado por los menores que querían considerarlo uno más de ellos para los juegos infantiles. Gustaba de comer todo, a excepción de la sopa llamada *katu*, que era una especie de mazamorra de plátano rallado, servida con carne o pescado ahumado; para no comerla, a la hora del almuerzo inventaba distintos cuentos: el tigre, el león, la tortuga, el perro, el

caballo y otros animales de la selva eran los protagonistas de las más inverosímiles hazañas y leyendas inventadas en el momento de las comidas. Lo cierto era que debía cansar a sus padres para que no insistieran en que ingiera aquella sopa tradicional; cada vez eran distintos los cuentos, vibrantemente narrados, lo que le ayudó a desarrollar una gran destreza para la inventiva y la diégesis.

Severo, desde infante, sentía cualidades innatas de líder; caminaba muy seguro guiando a los demás niños; rebelde por naturaleza, no soportaba las injusticias, por lo que con frecuencia solía concluir sus arengas manifestando: «Los niños pobres no deben pedir, sino exigir derechos»; en más de una vez se compró pleitos por defender a sus compañeritos. En la escuela no cumplía las sanciones cuando las consideraba injustas, lo que le traía más de un inconveniente con su maestra. Travieso e inquieto como él, nadie. Frecuentemente venían a su mente hechos como aquel sucedido a sus nueve años, cuando sus padres, con mucho esfuerzo, compraron una muñeca dormilona grande para Sisa<sup>1</sup>, su hermana mayor, como regalo especial por su cumpleaños. Cuando él la descubrió, en un momento en que se quedó solo, sacándola sigilosamente de la caja de cartón, con un machete cortó la cabeza en dos para descifrar cómo funcionaba el abrir y cerrar de los ojos de la muñeca dormilona cuando ésta simulaba descansar. Al darse cuenta del daño causado, arrojó con fuerza la muñeca malograda a una quebrada profunda, ocultándola entre los matorrales. Por ese hecho, sus padres, al descubrirle por su propia versión, lo castigaron con tres días de comida *katu*.

Severo sobresalía cada vez más en la comunidad. Caminaba a la escuela diariamente por un sendero estrecho de tierra pelada y tardaba hora y media tanto de ida como de regreso; para alivianar las caminatas, acostumbraba montar un palo redondo liviano, simulando que cabalgaba en un brioso corcel, marchaba a toda carrera para recorrer grandes distancias.

---

<sup>1</sup> Flor.

La Escuela Unidocente Calicuchima, a la cual asistía Severo, estaba ubicada en la comunidad de Pungosuyo. A pesar de aguaceros pertinaces y de soles intensos nunca faltó a clases. Atesoraba un plástico pequeño al cual cuidaba celosamente para proteger los cuadernos de las lluvias frecuentes de la zona; y, para cubrirse del sol cortaba con la mano, al paso, unas hojas de toquilla y las sostenía sobre su cabeza. Quería aprender, quería conocer más del mundo a diferencia de sus hermanos mayores, quienes se conformaban con replicar las costumbres ancestrales de sus padres y demás miembros de la comunidad, sin el más mínimo esfuerzo. En cambio, él, al contrario, frecuentemente decía que nunca se resignaría y que procuraría otra forma de vida, costara lo que costara.

Un buen día, Severo les confesó a su padre y a su madre:

—Papacito Jonás, mamacita Balbina, yo los quiero mucho a los dos —y abrazándolos continuó—, un día voy a ser alguien, voy a ser dirigente, voy a ser autoridad de la ciudad grande, trabajaré duro para comprar cosas bonitas, tendremos una gran casa con cuartos para cada hermano y uno muy amplio para ustedes, tendremos un carro, un avión y mucho dinero para ser ricos, para que nos respeten y no tengamos que sufrir tanto.

Ante tan sorprendente revelación, Jonás, su padre, le dijo:

—Mira, Severo, apenas tienes diez años y toda la vida por delante aún. Está bien que sueñes, hijo, pero lo mejor será que seas trabajador, honrado, responsable; no trates de cambiar nada, ya Dios ha creado las cosas como están, desgraciadamente los pobres tenemos que conformarnos con lo poco que tenemos. Lo que tú dices se trata de un mundo inalcanzable para nosotros, hijo querido.

Severo escuchaba con atención a su padre y cuando terminó la alocución, denotando inocencia, le replicó:

—¿Por qué ese dios es injusto con nosotros? Muchos niños tenemos hambre, vivimos enfermos, estudiamos sin útiles, sin vestido, no conocemos la ciudad grande, no tenemos navidades, caminamos tanto para ir a la escuela; en cambio, dicen que hay quienes viven en abundancia: ellos

sí, bien vestidos, bien comidos, ¿qué corona tienen ellos?, ¿acaso son seres de otro mundo? Diosito debe ser justo, debería dar a todos por igual.

Balbina, su madre, acercó a su hijo a su cuerpo, lo abrazó y sobándolo le la cabeza con su mano izquierda, cogiendo aire y fuerzas, con timidez y algo de temor, en voz baja, sintiéndose culpable por los alcances de su hijo Severo para con Dios, le aconsejó en los siguientes términos:

—No hables así hijito, pídele perdón a Diosito porque lo has ofendido; de lo contrario, Él te dará muchos sufrimientos.

Severo, dudando un rato de lo dicho por su madre, con firmeza le contestó:

—No importa mamita, yo sé que esto es entre nosotros, Dios no nos escuchó; cuando sea grande, no permitiré que entre a mi casa, si quiere venir, que traiga muchos regalos y golosinas.

Lo dicho por Severo conmovió a sus padres, quienes coincidieron en que su hijo era diferente a sus hermanos y primos, ante lo cual Jonás, mirando con ternura a su esposa, le comentó:

—No te preocupes Balbina, es cosa de muchachos, ya le pasará, verás que pronto olvidará lo dicho y tendrá otro criterio de Nuestro Señor.

Severo, además de las tareas educativas, de vez en cuando acompañaba a su padre a la cacería, aunque en más de una vez se pronunció contrario a que se sacrificaran animales indefensos; le inquietaba conocer más allá de su comunidad, descubrir ese mundo mentado por algunos mayores que algo habían viajado, aprender otras lenguas, hacer nuevas y mejores amistades.

Desde pequeño, Severo se involucraba en las conversaciones de los mayores. Para ello, se levantaba temprano y permanecía escondido observando cuando los ancianos se reunían en las madrugadas para contar sus historias, sus costumbres, aquellas hazañas heroicas de supervivencia. Tomaban la guayusa upina: ingestión de agua caliente con guayusa hasta vomitar, con lo que conseguían limpiar sus estómagos y reponer energías para iniciar el día, y lo hacían bebiendo chicha.

Sus sueños siempre se chocaban con el muro de la pobreza; su mayor dificultad era el no tener dinero para comprarse zapatos, ropa

adecuada para viajar y conocer otras ciudades, iniciando por la ciudad grande de Puyoloma, que era la que más le intrigaba.

La comunidad de San Jacinto del Pintuk estaba asentada a las orillas del río Pintuk; allí, en un amplio y pintoresco valle se levantaban dispersas unas treinta casas de construcción típica; los pilares eran palos redondos, sin paredes la mayoría, la cubierta era de paja de lisan, el piso de tierra. Al fondo se distinguía una casa grande ovalada que humeaba en forma abundante: era la casa de Jonás Grigua y su esposa Balbina Aradagón. Ellos habían sido los que iniciaron la comunidad hacía unos veinticinco años; sucedió cuando, al casarse, decidieron independizarse y fue precisamente este sector el escogido, ya que eran tierras libres de dueño. Además, en aquella zona había abundante caza y pesca.

Desde allí hasta la ciudad grande de Puyoloma distaban tres días de camino bien andados, hasta cuatro cuando llovía copiosamente, lo que en la zona era muy común; a caballo se hacían dos días iniciando las jornadas a las cinco de la mañana para llegar a las siete de la noche, descansaban la noche en un tambo rústico y a la mañana continuaban el viaje. Ninguno de los lugareños tenía acémilas por lo costoso de adquirirlas. En urgencias, cuando había que sacar un enfermo, la alquilaban en la comunidad vecina de Chunchupamba a cincuenta centavos de sucre por día. La ruta era temida por escabrosa y muy peligrosa. Varias personas fueron víctimas de la ferocidad de animales salvajes y las que lograron salvarse comentaban de la presencia de grandes tigres y pumas negros que merodeaban por el camino, a la caza de personas, caballos o vacas. Debido a aquello, salían a la ciudad grande en casos muy necesarios, pero en grupo.

Doña Balbina, mujer dadivosa, entregada por completo a cumplir su rol de madre y esposa abnegada, tratando de explicar el motivo de su estancia en el lugar, con frecuencia comentaba:

—Sí, efectivamente, yo le sugerí al Jonás que pusiéramos el nombre de San Jacinto del Pintuk y que estableciéramos esta comunidad en homenaje a San Jacinto de Bolívar en Colombia, pueblito que conocí